



#### **4. 150 aniversario de la I Internacional: marxistas y libertarios, de ayer a hoy**

## **El debate de 1928 Peiró-Maurín y sus secuelas**

*Pelai Pagès i Blanch*

Cuando a partir del sexenio revolucionario iniciado en septiembre de 1868 penetraron en España las ideas internacionalistas, muy pronto se evidenció que las dos grandes tendencias que presidían la recién constituida Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) iban a tener también su adecuada concreción entre los trabajadores españoles. Si bien es cierto que en primera instancia las habilidades de Giuseppe Fanelli, el delegado de Bakunin en España, consiguieron que un mayor número de obreros asociados se inclinasen hacia las posiciones anarquistas, no es menos cierto que muy pronto las ideas marxistas también acabaron cuajando entre determinados sectores del movimiento obrero español, hasta el punto de que la dicotomía que se había producido en el seno de la AIT también acabó produciéndose en España.

Es cierto que a menudo se ha considerado que fue en Cataluña donde arraigaron con más contundencia las ideas internacionalistas del anarquismo mientras en Madrid el marxismo acabó cuajando entre los trabajadores tipógrafos organizados en torno a Pablo Iglesias. Sin embargo, esta dicotomía no se corresponde del todo a la realidad. Hasta iniciado el siglo XX el movimiento obrero en España tuvo enormes dificultades para consolidarse, tras la represión que siguió al fracaso de la Primera República y a las insurrecciones cantonalistas de 1873 y las subsiguientes prohibiciones que negaban los mínimos

derechos de asociación a la clase obrera, con las que el nuevo Estado de la Restauración pretendió consolidar el poder de las clases dominantes. De hecho no fue hasta las primeras aperturas liberales de los años ochenta cuando se volvió a una cierta reorganización y no deja de ser paradigmático que los primeros pasos para la formación del Partido Socialista y del sindicato socialista UGT se dieran desde Cataluña. Es conocido que en Barcelona, pero también en otras ciudades como Reus o Mataró, existían núcleos socialistas muy activos que propiciaron la reorganización de estos años, mientras las disputas entre anarco-colectivistas y anarco-comunistas terminaron con los episodios del terrorismo de la última década de siglo y con una desorganización total del anarquismo. Al mismo tiempo, es cierto, se consolidaba un núcleo socialista muy potente desde Madrid.

En la práctica no fue hasta finales de la primera década del nuevo siglo XX cuando, tras episodios como la huelga general de 1902, la impactante presencia del lerrouxismo o la revolución de julio de 1909 —la mal llamada Semana Trágica—, el anarquismo se acabó consolidando desde un punto de vista organizativo. La creación de la Confederación Nacional del Trabajo —en sus orígenes denominada Confederación General del Trabajo— en 1910 fue el punto de partida de una progresiva expansión que se intensificó tras la huelga general revolucionaria de 1917. Los años siguientes el desarrollo del sindicalismo anarquista fue espectacular y acabó siendo hegemónico en Cataluña, Aragón, País Valenciano y Andalucía. Solo la intensa represión de los primeros años veinte, coincidiendo con la etapa del pistolero, y la instauración de la Dictadura de Primo de Rivera, en septiembre de 1923, frenaron su crecimiento. Paralelamente, aunque quizás no con la misma rapidez, el socialismo marxista consiguió también consolidarse en España, a partir sobre todo de los tres polos de desarrollo que configuraban el triángulo entre Madrid —considerada sede tradicional del socialismo marxista—, Asturias —donde muy pronto surgió un movimiento obrero, basado en la minería, muy activo— y Vizcaya —tradicional enclave de la industria siderometalúrgica en el Estado español.

En este contexto, en vísperas de la instauración de la Dictadura tenía que producirse otro acontecimiento que afectó sobre todo al socialismo marxista, y en menor medida también a la CNT: el triunfo de la Revolución de octubre en Rusia y la proliferación de los nuevos partidos comunistas, fenómenos que en España se concretaron en la formación de los primeros núcleos comunistas procedentes de pequeñas escisiones sufridas por el Partido Socialista y sus juventudes. La única excepción fue Cataluña, donde los primeros núcleos comunistas que se constituyeron procedían de la CNT. Como es conocido, muy pronto destacaron, entre estos, personalidades como Andreu Nin y Joaquín Maurín, quienes no solo habían sido militantes de la CNT, sino que también habían ostentado el cargo de Secretario General del sindicato. Y aunque la aparición del comunismo en España fue, en sus orígenes, bastante residual, a

lo largo de los años 30 y sobre todo durante la guerra civil, acabó alcanzando una significativa influencia.

## **La polémica de 1928: la “provocación” de Maurín**

Fue precisamente Joaquín Maurín, en un momento en que ya estaba completamente comprometido con las ideas marxistas y lideraba la Federación Comunista Catalano-Balear, quien inició un debate sobre el arraigo del anarquismo, en el semanario catalán *L'Opinió*, en el que acabaron participando, entre otros, Joan Peiró y el mismo Andreu Nin. Su artículo inicial tenía en muchos aspectos un objetivo claro de provocación: “Socialismo y anarquismo: Pablo Iglesias y Anselmo Lorenzo”<sup>1</sup>. Se trataba de los dos representantes históricos de ambas corrientes, “dos hombres hermanados por dos doctrinas y dos métodos abiertamente opuestos, en torno a los cuales se ha dividido y se ha agrupado la clase obrera de España durante más de un siglo”. E inmediatamente soltaba la primera andanada, planteando que Iglesias hizo más por el anarquismo que por el socialismo, ya que los fundamentos del anarquismo se hallaban básicamente en los errores y en el oportunismo del Partido Socialista, del cual Iglesias fue el inspirador y su “verbo” durante muchos años. Según Maurín, si la clase obrera catalana se había hecho anarquista ello se debía a su oposición a un partido que siempre había ido del brazo de la pequeña burguesía y acusaba al Partido Socialista de haber desarrollado una política de colaboración de clases, falta de espíritu revolucionario y de emoción proletaria.

Era gracias a esta política del socialismo que pudo desarrollarse a sus anchas el anarquismo, ya que encontró un terreno favorable “para poder arraigar y extender su influencia”. Tras citar a Lenin e insistir en que el anarquismo, como el sindicalismo revolucionario, “ha crecido como reacción contra las debilidades de los viejos partidos socialistas”, añadía otra característica del anarquismo: su falta de consistencia doctrinaria, de tal manera que si el anarquismo había mantenido su presencia durante mucho tiempo entre la clase obrera se debía a dos factores externos a él mismo: “la política conservadora del Partido Socialista y la falta de una educación teórica que diese al proletariado conciencia clara de su misión histórica y la inteligencia de los medios que era preciso poner en práctica para conseguir el triunfo”. Las deficiencias teóricas e ideológicas también afectaban a Pablo Iglesias y al socialismo, puesto que los dirigentes históricos del socialismo jamás se habían preocupado de formar ideológicamente a la clase obrera en los supuestos del socialismo científico, de tal manera que la confusión ideológica del socialismo también permitió al anarquismo —“especie de vegetación espontánea”— crecer allí donde el terreno era baldío.

---

<sup>1</sup>/ Salió publicado en *L'Opinió*, 14 de abril de 1928. Tanto el título como las citas siguientes están traducidas del catalán.

De la misma manera que Iglesias propició el anarquismo, Anselmo Lorenzo tuvo sus responsabilidades en la difusión del socialismo, en la medida en que el anarquismo alejaba a los sectores más capaces y preparados de la clase obrera de la actividad política, hasta el punto de que la vida social se estaba desarrollando sin que el proletariado tuviera una intervención propia. En este punto, no le faltaban recursos literarios a Maurín: “Se trata de un inmenso cementerio, donde solo se oye el ruido de la tierra que se hunde bajo los pies de los espectros misteriosos que se mueven en medio de una noche sin fin” (...) “un Hamlet seducido por el afán de acción, pero perturbado por la incomprensión patente de los problemas planteados ante él”. Así el Partido Socialista podía presentarse como el único dirigente de los trabajadores de España, con un socialismo aguado que dependía en la actualidad de la ensoñación en que se hallaba sumido el proletariado.

La conclusión final a que llegaba Maurín era previsible. A pesar de las aparentes diferencias, Iglesias y Lorenzo no siguieron caminos demasiado alejados y en realidad caminaron por la misma vía: “Quizás sin Iglesias el anarquismo no hubiera tenido entre nosotros la importancia que tuvo. Probablemente, sin Lorenzo, el Partido Socialista casi no existiría. ¿Cuál de los dos fue el más anarquista? ¿Cuál el más reformista?”.

### **La réplica de Joan Peiró**

La provocación estaba servida. Y no pasaron muchas semanas en que un dirigente de la CNT de la talla de Joan Peiró contestara con contundencia a las teorías de Maurín, un Maurín que, como apuntaba Peiró en el título de su réplica, estaba “haciendo de Maurín” (Peiró, 1928a). Partiendo de que este había realizado una interpretación arbitraria y tendenciosa de la historia del movimiento obrero, y de que él iba a ajustarse a una interpretación más ajustada a la verdad histórica, Peiró iniciaba su artículo constatando la hegemonía inicial del anarquismo en el movimiento obrero español, para, a continuación, explicar que el fracaso del socialismo marxista en Cataluña se debía al hecho de que Iglesias muy pronto vio la imposibilidad de que el marxismo que arraigaba en Madrid lo hiciera en Cataluña. La razón era clara: “en Cataluña existe un problema psicológico y un sentimiento autóctono incomprendidos por los socialistas madrileños, problema y sentimientos que, en cierta forma, son incompatibles con el sentido unitario y centralista del socialismo internacional”. Inmediatamente hacía referencia al hecho de que Cataluña había sido la cuna del federalismo, razón por la cual Cataluña se hacía impermeable al socialismo marxista, en la medida en que este “es absorbente, y el anarquismo es esencialmente federalista”. Su reflexión inicial terminaba refiriéndose al “carácter” del obrero catalán profundamente laborioso y revolucionario, mientras “las directivas del socialismo madrileño están representadas por la apatía ante el trabajo y la avidez ante los cargos burocráticos, vengan de donde vengan”.

“... la dicotomía que se había producido en el seno de la AIT también acabó produciéndose en España.”

Tras una crítica al colaboracionismo político de los socialistas en todo el mundo y un reconocimiento a la consistencia ideológica de la doctrina económica de Marx, Peiró proseguía con una reivindicación profunda tanto de la tarea intelectual y espiritual de Anselmo Lorenzo, como del propio anarquismo. Y no dudaba en diferenciar el movimiento de la “vegetación espontánea” men-

cionada por Maurín, al tiempo que comparaba huracanes universales con los “grandiosas legiones comunistas” que habían existido en Italia y aventuraba también un triste final a las también “grandiosas legiones comunistas francesas”. Se trataba de pirámides de arena que el viento se encargaba de destruir sin compasión.

Como contrapunto el anarquismo español había estado siempre a la altura de las circunstancias. Peiró mencionaba su actuación en los acontecimientos de 1917 para destacar que “fuimos los primeros, y casi los únicos, en lanzar nuestras fuerzas a la calle en defensa de la libertad y la dignidad públicas” y recordaba el ofrecimiento que en 1918 había realizado Salvador Seguí para que las izquierdas recogiesen el clamor y las energías de la CNT... Terminaba su artículo con un agrio comentario sobre Maurín, a quien acusaba de realizar una tarea partidista y claramente negativa.

## **La continuación del debate**

Tras este primer artículo de Peiró, se inició un debate que se prolongó prácticamente a lo largo de todo el año 1928. La primera contrarréplica vino por parte de un militante nacionalista, Jaume Aiguadé i Miró, quien en síntesis señalaba que, según Peiró, la presencia del anarquismo y del sindicalismo revolucionario en España y sobre todo en Cataluña se debía a “condiciones étnicas, por idiosincrasia, por motivos geográficos o de medio ambiente, incluso, de educación política”, hasta el punto de que el anarquismo sería una prolongación del federalismo (Aiguadé i Miró, 1928). En el mes de junio Peiró publicó dos artículos más en los que, en el primero, defendía siempre la estrecha vinculación entre el anarquismo y el sindicalismo, movimientos que a pesar de poseer mutua independencia, era difícil comprender separadamente, puesto que la reivindicación de uno comportaba la reivindicación del otro y recordaba un artículo que había publicado en 1924 en el que reivindicaba el papel que debían tener los intelectuales en la elaboración de una estrategia revolucionaria (Peiró, 1928b). En un segundo artículo seguía planteando la relación existente entre ambos movimientos, con la convicción de que solo el anarquismo podía evitar que el sindicalismo derivase en un sentido conservador (Peiró, 1928c).

Maurín contestó a Peiró a principios de julio, cuestionando la base fundamental de su argumentación a partir de consideraciones psicológicas y

geográficas (Maurín, 1928b). Partía de la base de que el dirigente sindicalista “razona más como catalán que como anarquista. Quiere conciliar su catalanidad con su anarquismo. Y en esto precisamente se contradice”. Tras señalar la importante presencia del socialismo en Cataluña durante las dos primeras décadas del siglo, defendía el hecho de que la cuestión geográfica o étnica no desempeñaba ningún papel en la ideología del estamento obrero y afirmaba tajantemente que el anarquismo no tenía nada que ver con el carácter catalán. Tras señalar que en España el anarquismo había arraigado sobre todo entre el campesinado andaluz —“el ideal del común libre, del acuerdo mutuo, de la libertad individual absoluta, corresponde a una mentalidad simplista para la cual los problemas de la vida social ofrecen poca complejidad”—, recordaba la importancia que había tenido en Cataluña la llegada de trabajadores andaluces, murcianos, aragoneses, extremeños, obreros no cualificados, peones, sin ninguna preparación teórica previa, que configuraron la base del anarquismo en Barcelona. Mientras el obrero catalán quedaba relegado a una situación completamente secundaria.

Maurín aún publicó dos artículos más en los que abundaba en prácticamente los mismos argumentos. En el primero —publicado en el mes de septiembre— definía al anarquismo como un “sarampión romántico”, una enfermedad que generalmente se pasaba en la juventud, para afirmar tajantemente que el anarquismo no era un movimiento revolucionario, en la medida en que no había realizado nunca una revolución, puesto que estaba incapacitado por su propia doctrina para fecundar una revolución fundamental. Si en Cataluña había tenido una expansión importante había sido merced a la presencia del lerrouxismo, que había provocado que los obreros, ante la demagogia lerrouxista, acabasen huyendo de la política, pero Maurín no tenía ninguna duda de que, tarde o temprano, la clase obrera catalana acabaría constituyendo su partido de clase, y el anarquismo se habría convertido en un “ensayo” como en su día lo fue el lerrouxismo.

En el segundo, publicado a finales de año, se centraba en el socialismo, con motivo del tercer aniversario de la muerte de Pablo Iglesias. En realidad, “Pablo Iglesias i el pabloiglesisme” —el título del artículo— era una dura crítica a la personalidad política de este “pequeño cacique” que se había mantenido en un feudo completamente cerrado y a la herencia que había dejado para el socialismo en el futuro. Acusaba al socialismo de haber renunciado a la conquista de Barcelona y de Cataluña: “por razón histórica de evolución ideológica del proletariado, Barcelona, Cataluña, hubiesen sido socialistas si el Partido socialista lo quisiera, si en Iglesias encontrásemos un impulso de anhelos proletarios”, puesto que el anarquismo era un fenómeno de romanticismo social, de atraso en la formación doctrinal del proletariado y su desaparición “es obra de una difusión amplia de las ideas marxistas”. La responsabilidad seguía siendo de los socialistas, puesto que mientras el anarquismo finisecular sufría una dura represión, Pablo Iglesias y el socialismo callaban con una insultante

“Era gracias a esta política del socialismo que pudo desarrollarse a sus anchas el anarquismo, ya que encontró un terreno favorable ‘para poder arraigar y extender su influencia’”

complicidad. La actitud de los socialistas en la huelga general de 1902, en las jornadas de 1909, en los acontecimientos de 1917, contribuían a explicar las complicidades del socialismo con la Dictadura y Maurín concluía sin dudar en que “la actitud presente del Partido socialista es la evolución lógica, natural, del pabloiglesismo” (Maurín, 1928c).

Por su parte Joan Peiró aún escribió tres artículos más en el seno de la polémica. Y en todos los casos abundaba en los argumentos ya expuestos para defender la vigencia del anarquismo y

del anarco-sindicalismo. En el primero de ellos —réplica al segundo artículo de Maurín— insistía en que si el proletariado catalán, que por sí mismo no era anarquista, se había decantado por el anarquismo era porque “se siente representado por la espiritualidad revolucionaria de los anarquistas, mucho mejor de lo que podría estarlo por la de los socialistas madrileños” y cuestionando la importancia del socialismo en Cataluña, insistía en que “anarquismo es socialismo y que los anarquistas también sabemos estudiar los fenómenos económicos y políticos” (Peiró, 1928d).

En un segundo artículo escrito desde la cárcel en septiembre, defendía el carácter político del anarquismo, criticando la simbiosis que a menudo se había establecido entre política y acción parlamentaria y no dudaba en afirmar que “en Cataluña y en España hace muchos años que estamos huérfanos de partidos de izquierda” y que si los obreros han abandonado a los partidos de izquierda es justamente a causa de la falta de hombres de izquierda “verdaderamente representativos del espíritu y de las aspiraciones civiles de la ciudadanía” (Peiró, 1928e). El tercer y último artículo de Peiró contraponía el supuesto “socialismo científico” que representaba el marxismo con el “socialismo utópico” del anarquismo para defender que tan científico podía ser el marxismo como el anarquismo, en la medida en que consideraba que el carácter científico del marxismo consistía en ser partidario del poder político del Estado y en la pretendida “acción política” que se limitaba a ser estrictamente “acción parlamentaria”. Acababa su artículo comparando a la doctrina socialista y a los marxistas con el cristianismo y la Iglesia (Peiró, 1928f).

## **La aportación de Andreu Nin y las secuelas del debate**

En el marco de este debate, acabó interviniendo Andreu Nin, que aún residía en Moscú, con dos artículos, para intentar explicar básicamente las razones de la implantación del anarquismo en Cataluña. Para ello se centraba sobre todo en las características de la estructura social existente en Cataluña. En el primer artículo partía de la base de que, a diferencia de lo que se creía, en la economía

catalana la agricultura imperaba sobre la industria. Una agricultura, por lo demás, en la que predominaba la pequeña propiedad, en la que el proletariado agrícola prácticamente no existía, mientras la industria existente se hallaba en una situación de atraso, en relación a los países industriales más importantes:

El desparpajo, la falta de concentración, el retraso técnico, el predominio de la industria ligera, principalmente textil. Fuera de Barcelona solo existen, como centros industriales relativamente importantes, Sabadell y Terrassa, las fábricas de la costa y las cuencas del Llobregat y del Ter y del Fresser. Las fábricas existentes son numerosas, pero en la inmensa mayoría de cada una de ellas solo está ocupado un número reducido de obreros. ¿Dónde están, en Cataluña, las fábricas alemanas, americanas o rusas que ocupan ocho mil, diez mil y más obreros? Añadid a esto que la técnica es generalmente atrasada, primitiva (el telar a mano se utiliza aún en centenares de fábricas), que, en las comarcas industriales, la mayor parte de los obreros y de las obreras proceden del campesinado, y os formareis una idea del carácter de nuestra industria (Nin, 1928a).

Esta situación convertía a Cataluña en un país fundamentalmente pequeño-burgués. Para Nin estaba claro que “el catalán es individualista no porque es catalán sino porque es pequeño-burgués”. A un país eminentemente agrario —y con un enorme atraso industrial— le correspondía un movimiento anarquista que, siguiendo las pautas de lo que tradicionalmente siempre había afirmado el marxismo, era un ideal pequeño-burgués.

En el segundo artículo que escribió insistía en que las raíces del anarquismo en Cataluña había que buscarlas en la estructura económica del país y tras analizar la situación existente en distintos países como Francia, Italia, diferentes países de América latina, Rusia y los grandes países industriales, acababa planteando que “el anarquismo catalán ha sido en gran parte un castigo por los pecados oportunistas del socialismo español: la tara original del socialismo ha consistido en tener su centro en Madrid, capital burocrática, sin proletariado industrial, alejada del todo de los grandes movimientos obreros” (Nin, 1928b).

En este punto coincidía claramente con Maurín. Sin embargo, y a pesar del tono a veces agrio que había alcanzado la polémica, el debate de 1928 no empeoró para el futuro las relaciones entre Maurín y Peiró. Es cierto que al proclamarse la República en 1931 el movimiento anarquista estaba a punto de sufrir una escisión histórica que se mantuvo hasta vísperas de la guerra civil —el “trentismo”, encabezado, entre otros por Pestaña y Peiró, contra la hegemonía de la FAI—, mientras Maurín y Nin se hallaban ya situados en una posición marxista revolucionaria, claramente heterodoxa en relación al comunismo soviético. Ambas posiciones —la propia heterodoxia de Peiró en relación a la ortodoxia anarquista de la FAI— contribuyen a explicar la estrecha colaboración que se produjo cuando en diciembre de 1933 se constituyó la primera Alianza Obrera en Cataluña. Las Alianzas Obreras, la concreción del frente único proletario que se creó para cerrar el paso al fascismo, permitió una actuación conjunta entre los marxistas españoles más conscientes y un sector

significativo del anarquismo español. Es significativo que en una entrevista que llevó a cabo la periodista Irene Polo a distintos dirigentes de la Alianza Obrera catalana, entre otros a Andreu Nin, este declarase abiertamente:

Nuestra posición para el futuro es continuar la organización de la Alianza Obrera. Crear Comités Locales donde no los haya, hasta constituir la Alianza Obrera en toda España. En Madrid estamos haciendo gestiones para formarla. En Valencia ya existe. Comités Locales hay en muchas otras poblaciones... (...) El caso es unirse para conseguir un mismo fin: la dominación del fascismo a través de la conquista del Poder por la clase trabajadora. En esto estamos todos de acuerdo; incluso los sindicalistas que son ácratas (Polo, 1934).

Como es conocido, esta colaboración se intensificó en la defensa de la revolución iniciada al estallar la guerra civil. El Partido Obrero de Unificación Marxista —que se había creado en septiembre de 1935— coincidió plenamente con el anarquismo en profundizar en un proceso revolucionario que, justamente, tuvo en Cataluña su principal zona de despliegue. Son especialmente sintomáticas las palabras que de nuevo Nin pronunció en septiembre de 1936 para convencer a los anarquistas de que sus respectivos objetivos no se hallaban tan alejados. En un mitin pronunciado el 6 de septiembre en el Gran Price de Barcelona, y a fin de tranquilizar a los anarquistas en el uso de los conceptos, y evitar confusiones, Nin afirmaba de una manera altamente didáctica que si la dictadura del proletariado “es la autoridad ejercida única y exclusivamente por la clase trabajadora, la anulación de todo derecho político y de toda libertad para los representantes de las clases enemigas. Si la dictadura del proletariado es eso, compañeros, yo os afirmo que hoy en Cataluña existe la dictadura del proletariado” (Gorkin y Nin, 1936: pp. 24-27; Nin, 2008: pp. 233-243).

Cuando Nin pronunciaba su discurso aún no se había destapado —con toda su intensidad— la política que acabó desarrollando el PCE y en Cataluña el Partit Socialista Unificat de Catalunya —que se acababa de constituir al iniciarse la guerra— con relación a la revolución y al POUM. Pocas semanas después se formaba el denominado Govern d’unitat de la Generalitat, en el que Nin, como consejero de Justicia, desarrolló una intensa política. Pero cuando en diciembre de 1936 el PSUC inició su ofensiva contra el POUM —que, en buena medida, era una ofensiva contra la revolución—, la CNT fue incapaz de salir en defensa del POUM y, en buena medida presentó el contencioso entre ambos partidos como una “riña” entre partidos marxistas.

Tuvieron que producirse acontecimientos paradigmáticos, claramente contrarrevolucionarios, durante los primeros meses de 1937 para que acabaran produciéndose las contradicciones que muy pronto enfrentaron el POUM y el anarquismo con los comunistas del PCE, y poumistas y anarquistas volvieron a compartir barricadas durante los hechos de mayo de 1937. La defensa de la revolución estaba por encima de todo. Y cuando de manera inmediata se

inició la represión contra el POUM que culminó en su ilegalización, el encarcelamiento de sus dirigentes y el asesinato de Nin y de otros muchos revolucionarios —entre ellos no pocos anarquistas—, no faltaron las denuncias y la solidaridad de muchos anarquistas. Entre otros episodios quiero recordar —ya para terminar— los artículos que escribió Joan Peiró, el primero el día 8 de julio de 1937 en el diario de Mataró *Llibertat*, con el elocuente título de “La tragèdia del POUM. El silenci seria complicitat”. El artículo —una valiente crítica contra los métodos utilizados por el estalinismo— acababa con las siguientes palabras:

La trama ya ha sido urdida, pero esto no siempre es una prueba material del hecho que uno se propone perseguir. Yo creo sinceramente que si alguna cosa queda demostrada, a raíz de la tragedia del POUM, solamente será el sadismo del partido que ha querido perseguir a los trotskistas sin otro motivo que el de serlo. Los días hablan con suficiente claridad, a mi entender, y el tiempo será el que me dé o me niegue la razón.

Por ahora, solo hay el hecho de las detenciones, y lo que es más grave, el hecho de que nadie conozca el paradero de algunos detenidos. Y esto podría ser la muerte moral de aquello otro.

En noviembre de 1938, en el marco del proceso a que acaban de ser sometidos los dirigentes del POUM Peiró escribió un nuevo artículo con el título “El misterioso proceso del POUM”, que fue censurado y no pudo publicarse en *Solidaridad Obrera*. Era, al mismo tiempo una defensa del POUM y una denuncia de los métodos utilizados por los comunistas, era una reivindicación de la verdad y de la memoria del propio Nin: “El secuestro y desaparición de Andrés Nin, no puede quedar ahí como un precedente, como un crimen abandonado a la indiferencia y a la impunidad. Todos hicimos esfuerzos inauditos para poner punto a aquella orgía de sangre que enlodó la majestad de la República española, y no hicimos aquel esfuerzo para luego caer en la tolerancia de crímenes que superan en perversidad a los de factura asiática”<sup>2/</sup>.

Peiró, de manera indirecta, se reconciliaba a través de estos artículos con el marxismo que representaban el POUM y sus antiguos contrincantes en un debate, apasionado y apasionante, que la guerra y la revolución del 36 habían superado para situar las relaciones entre Marxismo y Anarquismo —aquí escritos ambos en mayúscula— en la nueva perspectiva de una nueva realidad marcada por un proceso claramente revolucionario.

**Pelai Pagès** es profesor de Historia Contemporánea en la Universitat de Barcelona y autor, entre otras obras, de *Cataluña en guerra y en revolución, 1936-1939* y *Andreu Nin. Una vida al servicio de la clase obrera*.

<sup>2/</sup> Fue publicado, finalmente, en el *Boletín de Información CNT-FAI*, n.º 69, 9 de noviembre de 1938 y, más tarde, en *Documentos históricos de España*, n.º 11, mayo de 1939.

## Bibliografía citada

- Aiguadé i Miró, J. (1928) “Sobre l'article d'en Peiró”. En *L'Opinió*. 19/5/1928.
- Gorkin y Nin (1936) *El POUM ante la revolución española*. Barcelona: Ed. Marxista.
- Maurín, J. (1928a) “Socialisme i anarquisme: Pablo Iglesias i Anselmo Lorenzo”. En *L'Opinió*. 14/4/1928.
- (1928b) “Socialisme i anarquisme. El proletariat català no és anarquista”. En *L'Opinió*. 7/7/1928.
- (1928c) “Pablo Iglesias i el pabloiglesisme”. En *L'Opinió*. 22/12/1928.
- Nin, A. (1928a) “Per què el nostre moviment obrer ha estat anarquista”. En *L'Opinió*. 11/8/1928.
- (1928b) “Les arrels de l'anarquisme a Catalunya”. En *L'Opinió*. 25/8/1928.
- (2008) *La revolución española, 1930-1937*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Peiró, J. (1928a) “En Maurín fent de Maurín”. En *L'Opinió*. 5/5/1928.
- (1928b) “Sobre l'article de l'Aiguadé i Miró”. En *L'Opinió*. 2/6/1928.
- (1928c) “Notes marginals”. En *L'Opinió*. 30/6/1928.
- (1928d) “Les idees i el sentit revolucionari”. En *L'Opinió*. 21/7/1928.
- (1928e) “Els partits d'esquerra i els anarquistes”. En *L'Opinió*. 15/9/1928.
- (1928f) “Socialisme científic i socialisme utòpic?”. En *L'Opinió*. 6/10/1928.
- (1937) “La tragèdia del POUM. El silenci seria complicitat”. En *Llibertat*. 8/7/1937.
- (1938) “El misterioso proceso del POUM”. En *Boletín de Información CNT-FAI*, n.º 69. 9/11/1938.
- Polo, I. (1934) Entrevista a Andreu Nin. En *La Rambla*. 19/3/1934. Traducido del catalán.